

moles é inscripciones griegas. Frecuentan este recinto religioso y medianamente maltratado, muchedumbre de aves de rapiña y una hermosa raza de halcones, cuyas guaridas turbaron bien pronto nuestros tiros. Terminada esta visita, preferimos á la negra reclusion que en el parador comun nos aguardaba, un paseo con lluvia y todo hácia un sitio poco distante de Taman en donde se alza una fortaleza que domina la negra y alta costa de la bahía. Esta ciudadela, que se llama Phanagoria, contiene en su recinto de murallas, bellos y espaciosos cuarteles. Dícese que en cierto lugar de este fuerte se pueden hallar todavía las ruinas de una antigua muralla que data de la colonizacion de los jonios. Phanagoria y Taman eran establecimientos griegos en la época en que Mitridates fundaba Theodosia y Panticapea.

Hubimos de atravesar un océano de fango para volver á nuestro hospitalario techo: sin embargo, á fuer de historiadores verídicos deberíamos modificar algun tanto nuestra crítica. La vieja huésped consideraba sin duda como una triste aventura la casualidad que llevó á su casa una cuadrilla de extranjeros, cuyas costumbres y cuya lengua le eran desconocidas; pues aunque dos ó tres de nosotros podian, por medio de la lengua rusa darse á enten-

der á la anciana cosaca, se veia claramente que la exótica apostura de algunos de nuestros colegas hacia sufrir á aquella escelente mujer, cuyo mal humor no se calmaba sino por medio de ciertas consideraciones bien sonantes y frecuentemente repetidas.

En primer lugar habiamos de satisfacer una cantidad convenida por el cuarto en que estábamos amontonados; pero con no escaso gusto de la vieja, cada nueva necesidad daba hincapié á una nueva tarifa; de modo, que hubo de pagarse tanto por el heno, tanto por la sombría luz: á cada cucharada de palo se le fijó su precio de alquiler, y la sal, hasta la sal, que es el símbolo universal y gratuito de la hospitalidad rusa, recibió en esas playas, quizás por la vez primera, una estimacion mercantil.

El miércoles 28 de Setiembre estábamos muy temprano en el camino que de Taman conduce á Bughaz, en la márgen de un vasto lago que comunica con el mar y que se llama la limana del Kuban, cuyo rio mezcla sus aguas á las aguas saladas de esa inmensa concha. Ese era el mar de Hyrcania, de los antiguos, y los tátares le han dado el nombre de *Kisil-Tach*, ó piedra roja, por el color de algunas rocas de las inmediaciones. Algunas horas despues habiamos recorrido diez y ocho verstes en los



telegos servidos por caballos y postillones del cuerpo de los cosacos de la línea militar. Esos postillones son tan buenos como los de cualquier otro lugar, y su ligereza es igual á su rara docilidad. Llegamos al pueblo de Bughaz, nombre genérico que los turcos dan á todas las desembocaduras. El pueblo está arrimado á colinas de mediana elevacion, y al frente en una punta baja que da la vuelta á la limana, se levantan los modestos edificios de un lazareto, en donde se purifican las procedencias de Anapa.

La reclusion exigida es de siete dias. Llegados á la verja de la cuarentena, fuimos cortesmente recibidos por los empleados que al punto hicieron llamar á algunos detenidos para hablar con nosotros, y por ellos supimos que sin contravenir á la ley podiamos recorrer los alrededores de Bughaz y subir hasta las inmediatas colinas, desde las cuales la vista de Asia nos pareceria mas estensa. No tardamos en utilizar el permiso y dejando los carruajes en Bughaz, comenzamos á subir los cercanos montecillos para llegar á un lejano promontorio que domina la embocadura del rio. Despues de atravesar algunas quebradas, encontramos en una meseta ligeramente deprimida y dominada por algunas eminencias, un bullidor manantial de barro gris que

salia de un suelo desnudo. Este barro, casi líquido, se derramaba por las pendientes á despedir un gas fétido. En los bordes de cada una de esas fangosas corrientes notábamos depósitos oleosos cambiantes, como tambien encima del cráter de barro, cada orificio que daba salida al barro y á las burbujas de gas que de él se desprendian, estaba circuido de un anillo moreno semejante al betun. Algunos montones de materia verdosa hacinada en los mismos cráteres, y que observamos despues con el microscopio, presentaban una aglomeracion de animalejos del género *clostrum*; mas no queremos invadir el territorio científico de nuestros colegas. En pocos instantes reconocimos diez y siete bocas semejantes de donde salia el barro burbujeando sin ruido y formando pequeñas corrientes que bien pronto se evaporaban.

Visto todo esto, continuamos el camino, ya por peñascos escarpados, ya por la playa de la limana, adonde van á morir las aguas apenas salobres. Hacia el medio dia llegábamos al término de nuestra correría, al alto cabo que formaba el límite que nosotros mismos nos habiamos fijado, punto extremo de nuestro largo viaje, nuestras columnas de Hércules, á cuyo encuentro íbamos con tanto fervor durante mas de cien dias de viajes, no pocas veces pe-



nosos, mezclados con buena y mala fortuna. Llegados á ese término, del cual no debíamos pasar, y por decirlo así, á nuestro *sistimus hic tandem*, abrazamos con una solemne mirada la union de Asia con Europa, admirable panorama, y último y espléndido cuadro de nuestra laboriosa odisea.

Corria al Este el rio Kuban, que sale del medio de un lecho de cañas para unirse á ese mar que no es un mar todavía. Mas allá de ese inmenso lago de la limana, podíamos distinguir las bellísimas masas de montañas de la costa de Asia, Anapa que se baña en el borde del mar, y los majestuosos anfiteatros del Cáucaso, cuyos vaporosos planos van á confundirse con las nubes; hácia el Oeste Bughaz y su lazareto, colocado cual un nido de alcion en la punta de una arenosa lengua. Formaban el confin del Norte una larga serie de mesetas descubiertas. Cual si el cielo hubiese querido favorecer ese último golpe de vista arrojado á los montes, á las aguas y á las líneas de ese paisaje que íbamos á perder para siempre, habia distribuido á propósito su dulce luz sobre los puntos que mas debian interesarnos. Fué últimamente preciso volver atras: momento lleno de esperanza, á la par que de recuerdos, porque si el resultado estaba aquí, la recompensa estaba allá abajo.

Pronto nos encontramos en Bughaz, y nuestros telegos se hicieron esperar muy poco. Los cosacos nuestros, despiertos cocheros, parecian alegres y dispuestos: estimulaban los caballos con gritos y palabras á propósito para dar aliento, ya tiernas, ya mas que enérgicas: pero todo iba perfectamente. Vueltos á Taman, estábamos tentados de aprovechar la apacible velada para ir á la margen opuesta, pero una investigacion interesante nos hizo olvidar las horas que se iban deslizand. Siguiendo los pasos de nuestros naturalistas hácia el cabo que dibuja al Sud la vasta bahía, encontramos un banco de esos ricos bivalvos fósiles que tanto abundan precisamente adelante en el otro lado del estrecho. Este depósito era tan rico y sus piezas tan perfectas, que los mismos profanos no pudieron menos de auxiliar con imperita mano el enriquecimiento de la coleccion, y nos detuvimos tanto, que al volver á casa de nuestra huéspedea ya no era tiempo de echarse á la mar.

La madrugada de 29 de Setiembre iluminó un mar alborotado por el viento, y segun las siniestras apariencias estábamos condenados á quedarnos un dia entero en esa triste tierra. Por fortuna se calmó el tiempo hácia las doce y pudimos tomar de nuevo la direccion de Yeni-Kaleh, adonde llega-



mos muy tarde porque la calma habia contrariado nuestro viaje. En vez de dar vuelta á la punta que se avanza en el agua y separa la bahía de Taman del estrecho de Azoff, nos acercamos lo necesario para que los marineros pudiesen echarse al agua y empujar nuestra barquilla que lamia el fondo cubierto de largas yerbas. En Yeni-Kaleh nos separamos de nuestros prudentes y agradecidos marineros y tomamos el camino de Kertch, no sin trabajo, pues hubimos de alquilar caballos de particulares.

Para encontrar buena cualquiera cama es preciso haber sufrido algo. Escapados apenas de nuestra horrorosa posada, Kertch nos pareció una verdadera capital, fecunda en delicias de toda clase. Cuando acabábamos de instalarnos en la fonda del Bósforo, una invitacion del príncipe de Kherkhenlidzeff vino á buscarnos á nuestra guarida, y fuimos con el mayor gusto á una reunion de familia, en la cual ese digno gobernador nos admitió con una gracia y bondad en que con esquisita delicadeza quiso tomar parte su jóven, dulce y angelical consorte.

Ya hemos mentado el antiguo y armonioso nombre de Panticapea que Kertch tenia cuando se estableció en ese sitio una colonia griega. Los milesios llegaron allí acaudillados por el hijo de Aetes,

rey de la Cólchida, 1230 años antes de nuestra éra. La etimología de Panticapea puede encontrarse en las voces *Panti-Kepos* que en el dialecto dórico significa *por todas partes jardines*. ¡Ah! dígaseme el nombre griego que significa *en ninguna parte jardin*, y ese será el verdadero nombre de Kertch. En nuestro recuerdo no podemos hallar ningun plantío, por miserable que sea, y con mas razon ningun jardin. Panticapea, que en tiempo de Mitridates y de sus Bosforianos fué la ciudad del Bósforo, conservó por mucho tiempo ese nombre cuya etimología, quizás vulgar, no nos parece mas razonable. Sea lo que fuere de ese Bósforo, estrecho inmediato á Panticapea, que dió su nombre á un reino y á su capital, Kertch, por mucho tiempo víctima de las revoluciones que hubo en ese pais, fué destruida repetidas veces, y hoy solo parece que sale de sus ruinas. Esta ciudad encierra, segun dicen, tres mil habitantes, lo cual es muy poca cosa si se tiene en cuenta el espacio que debe ocupar. Tódo el comercio de su puerto se hace en la cuarentena, á la cual van á parar los cargamentos que se dirigen al mar de Azoff. Hemos dicho ya la opinion de las personas competentes que atribuyen á los reglamentos sanitarios, de que Kertch se aprovecha en favor suyo, el decaimiento del comercio de Tagan-



rock. Aunque se entra y sale de Kertch por un canal angosto y tortuoso, el anclaje del lazareto puede admitir muchos navíos que están allí al abrigo del mar y de los vientos.

El comercio puede sacar grande partido de las circunstancias escepcionales de este puerto; mas hasta ahora nada indica que esté dispuesto á desplegar gran vuelo. En Kertch se trabaja mucho con el crédito y muy poco con dinero que está escaso, pues si se compra á un mercader cualquiera y se le dice que cambie una moneda de plata, muchas veces prefiere no vender si ha de dar lo vuelto en metálico. Por aquí podrá deducirse cuán caro está el cambio. Las tiendas de los vendedores al por menor ocupan la calle mayor y están surtidas de todos los géneros, entre los cuales los de Moscow gozan de marcada preferencia. En cuanto á los frutos coloniales son traídos por buques de Génova ó Ragusa, que concluida la cuarentena cargan granos en el mar de Azoff ó reciben al mismo pié de las murallas del lazareto sus cargamentos de lana, sebo y cueros.

Kertch almacena una inmensa cantidad de sal que procede de las salinas naturales de los alrededores de Perecop; y en los últimos tiempos se ha formado un considerable depósito de carbon traído

del extranjero para el consumo de los buques de vapor. Todo esto tiene empleados un crecido número de aduaneros. La pesca, que tanto abunda en la bahía, proporciona un alimento considerable al comercio de segunda clase. El abastecimiento del mercado es muy copioso, tanto en carnes como en ricas legumbres, y uno se pregunta de dónde salen y en dónde están las huertas que las han sacado de entre esos áridos páramos.

Hay en Kertch muchos judíos, cuya industria se ejerce en pequeñas tiendas, y los extranjeros reputan gran dicha encontrarlas en los días en que alguna fiesta religiosa ha cerrado herméticamente todas las otras. El fondo de la población es rusa, pero se encuentra en Kertch crecido número de tártaros, muchos comerciantes italianos, y bastantes familias griegas, sin olvidar algunas tribus de tsiganos, cuya bella postura y altanero ademan no ha degradado tanto como en otras partes la miseria. Hemos dado cuenta de una de sus industrias, mas no todas las demas son tan útiles, y la policía se ve con frecuencia obligada á ocuparse de esas vagabundas familias.

Cuando quisimos irnos no nos faltaron apuros para encontrar caballos de posta. Despues de dirigir hácia Theodosia á Miguel y á su convoy de бага-



jes que debian aguardarnos allí, y de haber entregado á un comisionista que debia cuidar del envio nuestras colecciones tan engrosadas durante esta estu-  
diosa permanencia, tomamos la ruta de Arabat. Una lluvia menuda hizo muy penosas las primeras horas del viaje, porque el resbaladizo camino no permitia adelantar gran cosa. Para colmo de desgracia, hácia las cuatro de la tarde, y en medio del desierto páramo, nuestro robusto carruaje válaco, probado en tantos y tan arriesgadas empresas, acabó por romperse sin esperanza de remedio. Arreglado bien ó mal, con cuerdas, pudimos llevarlo hasta Arghin, casa de postas aislada, en la cual ya reparamos al pasar la vez primera. Allí encontramos los telegos necesarios para nuestra caravana y aun nos permitieron (promesa increíble), enviar el carruaje completamente arreglado á Theodosia, al cabo de tres dias. En el páramo las distancias son nada: á diez leguas está el taller del carretero, y allí fué llevado nuestro carruaje y recompuesto en el tiempo fijado.

Corriamos, pues, hácia Arabat, por un camino que aun en ese desierto puede llamarse solitario, pues por ese lado nada encontramos sino grandes dromedarios que corrian libres hácia una y otra parte.

Apresurando el paso, llegamos á Arabat cuando asomaba la luna; y aunque era de noche, pudimos conocer perfectamente que estábamos en aquel pueblo por las fétidas emanaciones de la atmósfera. Nos alojamos en un miserable cuarto de la casa de postas mientras el maestro, anciano de venerable barba, y que en su propia casa, no tenia mas cama que la tablazon del pavimento dormia una regular borrachera. A la mañana siguiente la lluvia azotaba los vidrios de la cabaña, y el maestro que estaba ya en disposicion de ocuparse de los viajeros, sin hacerse rogar mucho nos dió los caballos necesarios para una escursion á la flecha de Arabat que queriamos observar otra vez, ya que nuestro itinerario, al presente mas rápido, nos impedia atravesarla.

Verificóse la correría con toda la celeridad posible. La historia natural adquirió algunas observaciones hechas en esa singular lengua de arena, tan poco elevada entre los dos mares que, al parecer, el menor soplo de aire deberia ser bastante á lanzar las olas del uno al otro.

Nuestro digno huésped, filósofo práctico en mantillas, y á quien el mal humor convirtió en borrachon, habia llevado tan allá su sistema consolador, que apenas se acordaba de lo que hizo en la vispe-